



IN MEMORIAM

JENARO ALONSO VEGA

ALUMNO DEL SEMINARIO DE ASTORGA

(1886-1908)



CON CENSURA ECLESIASTICA

REPUBLIC OF VIETNAM

T.1314107 C.71814J21 R.167761



JENARO ALONSO VEGA
SEMINARISTA
(1886—1908)

Nació este acabado trasunto de S. Juan Bermans en un pueblecito llamado Veguellina de Fondo, en la ribera del Orbigo, provincia de León y diócesis de Astorga.

Sus pobres pero honradísimos padres se llamaban Agustín Alonso y Teodora Vega. Nuestro biografiado era el segundo de los siete hermanos que como retoños de olivo constituían la alegría presente y futura esperanza de aquel cristianísimo hogar.

Aunque hace 24 años que murió, cuantos le conocimos, no hemos podido olvidarlo. A todos edificaba con su rara modestia; tanto que su rostro,—como el del santo diácono Esteban,—parecía talmente el de un ángel.

Todos por lo mismo le queríamos, y al mismo tiempo le venerábamos: el Sr. Rector,—de quien era fámulo,—que le apreciaba como joya de muy subido valor: los señores profesores, que le demostraban públicamente su estimación y afecto; y más todavía, si cabe, sus compañeros, que

en él veíamos algo inferior a nosotros por su modestia, igual a los más humildes por su afable trato, y extraordinariamente superior a todos por su singular virtud, que creemos tocó los límites de la verdadera santidad ante los ojos de Dios Nuestro Señor.

Todos sus condiscípulos, cuando lo recordamos,—y son muchas veces,—decimos unánimemente: «¡Era un santo!».

Mas si se nos pregunta en qué virtudes nos edificó, respondemos: «¡En todas!... Si era un santo, tenía que edificar nos en todo...» Como si dijéramos: «no es cosa de hacer un recuento o examen general, de todas las virtudes que practican fidelísimamente los santos...»

Pero es porque no recordamos apenas detalles... Lo mismo me sucede con otro colegial, muerto en Roma, en 1914, (el día de S. Luis Gonzaga, por más señas). Me edificaba su sola presencia; cuando ayudaba a mi misa, sentía indefinibles pero bien fundados temores de que Jesús Hostia miraría con ojos más dulces al ministro que al sacerdote... No recuerdo más de él: ni siquiera cómo se llamaba... Sin embargo, la impresión, que me dejó, es imborrable...

Volviendo a nuestro seminarista de Astorga, repito que no recordamos detalles porque, aunque a nuestro juicio era santo y santo extraordinario, su santidad consistía en hacer extraordinariamente bien los actos ordinarios de un seminarista modelo. Otras virtudes heroicas, o nuestros ojos no las sabían apreciar en su justo valor, o su circunspección y recato las escondía a nuestras miradas profanas...

No recordamos detalles... y si algunos, por casualidad, recordamos y pretendemos describirlos, parece (al menos

a mi) que se evaporan y disipan en nuestras manos cual delicado perfume: nos acobarda, en suma, que pueda juzgarse por ellos,—aunque sean realmente edificantes,—lo que es más grande, más delicado ¡intangible! y por lo mismo indescriptible, inefable. Bien dijo San Pedro de Alcántara a Santa Teresa de Jesús que las cosas del espíritu deben tratarlas los espirituales, y las de santidad solamente los Santos...; y antes que San Pedro de Alcántara lo había dicho bien graficamente el apóstol San Pablo... Por eso nos sería punto menos que imposible trazar una somera semblanza de nuestro inolvidable y amado compañero, aunque la llevamos dibujada en las entrañas del alma...

Mas habiendo llegado a mis manos una narración breve, sencilla y tal vez algo desgarbada, que de su vida hizo una hermanita, tres años más joven que el pequeño Jenaro, en lo que puedo comprobar la encuentro tan verídica, tan sobria, tan ingenua que sin cambiar tilde ni coma me atrevo a publicarla, añadiendo solamente algunos pequeños detalles que hemos sabido y comprobado después.

Ojalá produzca en todos cuantos la lean el singular encanto que ha producido y produce en cuantos conocimos y amamos a nuestro inolvidable y dulce compañero del Seminario. Nunca, como al recordarlo, nos parece tan sabrosa la sentencia bíblica: «¡su recuerdo es bendito!» y es porque fué verdaderamente «amado de Dios y de los hombres.»

Otro debiera ser el llamado a tejerle una corona de recuerdos, de oraciones y hasta de bien merecidos elogios: otro que lo hiciera mejor que yo, y lo menos indignamente

posible de nuestro querido santito. Pero la casualidad arriba indicada,—de haber encontrado la referida narración,—me puso en la necesidad de ser yo.

Sin embargo es de estricta justicia. En una tristeza muy grande, que tuve,—cuando murió mi madre,—me consoló tan eficazmente que no puedo recordar aquel ángel de consuelo sin conmoverse mi corazón de profunda y eterna gratitud, al mismo tiempo que asoman a mis ojos las lágrimas... y tal vez alguna plegaria a mis labios; aunque esto me cuesta trabajo... Lo haría mejor—y lo hago—para encomendarme yo a él. Hemos dicho ya que era un santo...

Recuerdo además los buenos consejos que nos daba: y esto con tan delicada discrección que, sin herir nuestra susceptibilidad un tanto aturdida, nos conducía, como un enviado del cielo, hacia el bien...

Recuerdo también las lecturas piadosas que nos recomendaba con modos tan suaves pero tan eficaces que le obedecíamos dóciles, como si fuese el mejor director espiritual. Entonces ni siquiera nos dábamos cuenta que para nuestro bien nos puso el Amor Misericordioso un ángel custodio sensible y amable, al que no nos permitía su mucha bondad resistir.

Entre los autores de Teología prefería a Contenson: «Theologia mentis et cordis.» El me mostró este tesoro, tan inagotable como suavísimo, de las verdades divinas; y desde entonces,—aunque poco lo he comprendido y menos practicado lo que tan precioso libro contiene—lo llamo, no sin alguna jactancia, «mi teólogo.»

No he dicho que sacaba las mejores notas, porque para

decir que fué sabio basta saber que fué santo. Solo los santos son sabios;

*«porque, al fin de la jornada,
aquel que salva, sabe:
el que no, no sabe nada...»*

Y basta de preámbulos, lector piadoso. Perdóname,—te ruego,—estas expansiones de un alma agradecida, que le debe, acaso, la perseverancia en la gracia, hoy más que nunca apreciable y apreciada, de la Vocación divina.

Ahora contempla, si quieres, el retrato que sigue a continuación. Aunque lo hizo el amor, no resultó una apoteosis, ni siquiera una exageración; sinó el reflejo sereno y apacible del justo, que fué traspasado al paraíso, antes que la malicia del mundo salpicase de lodo sus blancas vestiduras o por lo menos lo hiciese llorar atribulado, al contemplar las profanaciones del Santuario.

Hace 24 años justos que goza, sin duda, la vida celeste, beatífica y eterna en el gozo de su Señor, a quien abnegadamente sirvió...

Mas por si el juicio de Dios contradice la voz de mi gratitud y deseo, ofrécele generoso una oración por su alma.

Yo, al recordarle, me siento movido a repetir aquellas sentencias del Espíritu Santo:

«Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos.»

«Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: sus buenas obras les acompañan para eterna recompensa.»

«Decid al justo que ¡bien!...»



ALGUNAS NOTAS
de la
VIDA DE MI QUERIDO HERMANO
JENARO ALONSO

Desde los primeros años de su edad era tan modesto en todo que nunca le vi acción alguna digna de reprensión. Sólo una vez le oí decir una palabra, que sin ser mala, a mí me disonó no obstante, (1) y le dije *se lo diría a padre*; mas rogó no lo hiciera, que ya tendría cuidado de no decirlo más.



Era naturalmente tímido y no poco le ayudaba mi padre a ello, porque no nos consentía la menor cosa.

Tanto era el temor que tenía que, yendo un día a bañarse, se mojó la ropa y luego no se atrevía a ir a casa hasta tener todo seco. Para esto se metió en un huerto, esperando allí estuviera todo en disposición de vestirse. Entre tanto los de

(1) Esto lo dijo por que se vió apurado y le salió espontaneamente porque era vivo de genio.

casa daban vueltas buscándole; viniéndole a encontrar en aquel sitio.



Con sus compañeros siempre perdía, porque primero se dejaba hacer pedazos que maltratar a ninguno, ni siquiera reñir...

En cierta ocasión estaban unos cuantos muchachos reunidos en una casa y se pusieron tan pesados, que la dueña no podía quietarlos; entonces él, que también se hallaba allí,—como si fuera una persona mayor,—les dijo que no molestasen a aquella pobre mujer. Admirada de la formalidad de un niño de tan cortos años, nos refería este caso algunas veces.



Era tan aplicado que no había necesidad de mandarlo ir a la escuela; pidiendo a mi padre que le buscase maestro, que le enseñase mucho.

En el momento que le pareció podía ayudar a misa, allá fué. Sucedióle un día que, estando en este ejercicio, se descuidó y tocó con la mano en el Cáliz; luego le entró tal inquietud que quería cortarse el pedacito de carne, pero le faltaba valor. Fué a casa y pidió a mi madre se lo hiciera, mas esta le dijo que no, porque se le echaba a perder la mano; pero no quedaba tranquilo, y vino a mí rogándome se lo cortara, cuando

estuviera durmiendo. En esto nos oye la madre y disgustada, temiendo hiciéramos algo, le mandó fuera a confesarse y contara lo que le había ocurrido: así lo hizo. Después estaba tan contento que no sabía lo que le pasaba, diciéndonos que sólo *una Salve* le habían impuesto de penitencia.



Cuando hubo cumplido doce años, pidió estudiar para sacerdote; lo que le fué otorgado con facilidad por entonces: porque el coadjutor de la parroquia se comprometió a darle las primeras instrucciones de latín: Con él cursó dos años: después vino a examinarse a Astorga, y aquí continuó sus estudios.

Pasado algún tiempo le pareció a mi padre no podía darle carrera porque éramos muchos hermanos y él, el mayor de varones. Aprovechó la ocasión en las vacaciones de Navidad para decirle que ya no volvería a estudiar. Esto no lo hizo hasta el momento de emprender el viaje. Como le cogió de improviso, el compañero, que estudiaba con él, siguió su camino y él se quedó lleno de pena. Para desahogar, fué a la puerta de la Iglesia, (en la que no podía entrar, porque estaba cerrada): allí empezó a llorar y raciocinar consigo, diciendo: *Esta noche llamarán en*

el salón de estudios por Jenaro Alonso, y... ¡aquí estoy!... Una mujer observaba cuidadosamente esto y no pudiendo resistir, fué a casa del párroco a darle cuenta. Este mandó llamarle para que le contara lo ocurrido. Luego hizo que mi padre fuera a verse con él.

¡Cuál sería la alegría cuando, al regresar mi padre, le dijo: *«Mañana te vas a Astorga: el Sr. Cura así lo quiere: nos ha prometido dar cinco pesetas todos los meses para ayuda de gastos.»*

La mujer, que acabo de referir, solía contar-nos este caso, que había presenciado llena de emoción, diciendo no se le olvidaría mientras viviera.



Cuando iba a cumplir los diez y seis años murió mi padre, pero ninguna oposición tuvo por parte de la familia, pues todos deseaban se hiciera sacerdote, incluso mi madre, que estaba dispuesta a vender todo, a fin de que siguiera la carrera. No sé si por esta época tenía ya el famulato, y por eso no nos era tan costoso.

Durante las vacaciones, hacía cuanto podía con los hermanos: contándonos cosas buenas y aconsejando nos confesáramos y comulgáramos a menudo; pero de una manera especial

quería lo hiciéramos en las festividades de la Virgen Sma. Más que con palabras nos movía el ejemplo, porque él todos los días iba a misa, en la que comulgaba, (siempre que se lo permitían), y por la tarde hacía la visita al Santísimo. El resto del día lo empleaba en estudiar y algún rato lo pasaba con sus hermanos, como ya dejo indicado... Un día estábamos los dos, ya oscuro, y me llamó la atención, diciéndome: «*Mira qué cielo tan hermoso! ¡cuántas horas me paso yo en la ventana del Seminario contemplándole!..—¿Qué sacas de eso?—le dije—Pues pienso en Dios: en su inmensidad y poder!... Yo no sé con qué acento me lo dijo; pero siempre que me acordaba me movían aquellas palabras.*»

En otra ocasión me dice: «*A algunos les parece imposible pensar siempre en nuestro último fin; sin embargo, a mí me parece tan sencillo que lo hago sin ninguna dificultad ni violencia.*»



Cuando más me llamó la atención fué el último año: andaba tan absorto, que casi siempre estaba solo. Alguna vez entraba yo en la habitación (esto lo hacía pocas veces, porque me infundía respeto) para que me dijera alguna cosa edificante: y me leía en las *Confesiones* de

San Agustín un poco: luego me decía: «*ahora ya puedes irte*». Lo que hacía, porque no me atrevía a molestarle más.

Las últimas vacaciones le acompañé yo cuando regresaba a estudiar. Durante el viaje hacía un sol que molestaba bastante: él abrió la sombrilla y así seguimos. Pero yo fui tan imprudente o no sé cómo sucedió que le dije: «*Hermano: ¿cómo iría Jesús camino del Calvario?*». Inmediatamente cerró la sombrilla y así caminó lo que faltaba; causándome no poca pena, porque temía le perjudicase, según estaba de sofocado.

Cerca ya de la ciudad, al ver el convento de Santa Clara, me dice: «*No te puedes figurar la devoción que me causan las religiosas: viven ahí como los ángeles en el cielo; sólo y exclusivamente dedicadas al servicio de Dios*». Cuando hablaba con religiosas, aunque fuese en el torno y no lo vieses, lo hacía siempre con la gorra en la mano. Cuando ya muy enfermo le invitaron a visitar el convento N..., no se atrevió, porque temía (como dijo confidencialmente) turbarles el santo retiro e interrumpir la ocupación angélica de unos seres, que pasan la vida amando y bendiciendo al Señor.



También a los sacerdotes les tenía gran respeto. Estando ya enfermo, se encontraba en cierta ocasión en compañía de uno, y quería hacerle algunos servicios. Mi madre le dijo que no estaba para ello, mas le contestaba: «*Es sacerdote y parece que no puedo menos*».

Por consejo de sus superiores hizo por esta época oposiciones a una beca: la que le fué concedida; pero pidió le dejasen como si no la tuviese: y siguió siendo fámulo.

Cuando el Sr. Rector estuvo enfermo, le cuidó con la solitud de una madre. Obligado por la obediencia a retirarse de noche, se acostaba a la puerta de la Rectoral sobre los ladrillos del suelo.

Allí pasaba las noches, como el profeta Samuel, a las puertas de su venerado sacerdote, aunque sin esperar siquiera a que este lo llamara.

Allí contrajo la enfermedad, que pronto había de llevarle al sepulcro; mejor dicho que había de acrisolar más y más su alma delicada y abrirle de par en par las puertas de la eterna, y por él tan anhelada, felicidad de los cielos.



Cuando el Señor me concedió a mí la gracia de la vocación religiosa, se lo manifesté a él.

Para cerciorarse me examinó, y al ver que Dios me llamaba para la vida contemplativa, hizo cuanto pudo a fin de realizar mis deseos.

Temía perdiese el tesoro de la vocación, y para conservarla me dió libros para hacer lectura, y también instrucciones para la oración mental. Hasta me compró un despertador: de manera que pudiera hacerla temprano, antes de empezar las faenas de casa.

Como no tenía dote, le pareció conveniente traerme a estudiar música a Astorga. Una vez aquí, le visitaba con frecuencia, pero quería no llevase a nadie conmigo. Este tiempo lo empleaba dándome consejos: uno de ellos fué este: *«Mira,—me dijo un día,—cuando estés en el convento, no temas hacer cosas bajas, pero sin que nadie te lo note; yo aprovecho los días que salen los demás de paseo para limpiar los sitios bajos; así suelo emplear ese tiempo».*

Yo, como hermano, me fijaba cuando le veía en alguna parte, para ver lo que hacía: En una de las procesiones de Semana Santa iban todos los seminaristas, y noté que él se distinguía por la actitud recogida y devota; así que cuando le fuí a visitar, le pregunté cómo iba en aquella forma, a lo que me contestó: *«¡Me es imposible vivir, pensando en la Pasión del Señor! he esta-*

do toda la semana sin beber agua, hasta que oí tocar a gloria.» Otro día me dijo en tono de grande confianza: «*Mi hermana, como los demás, creerá que no sufro. Pero yo le digo que es muy pesada y muy dolorosa mi cruz.*» Y no quiso decirme lo que era. Después lo supe, y ciertamente que sufría un lento y muy doloroso martirio.



Con estas disposiciones no podía durar mucho, y en mayo ya tuvo que marcharse enfermo para casa.

Nos costó trabajo convencerle que necesitaba cuidarse una temporada; porque él decía no era nada, siendo así que el médico dijo que ya estaba gravísimo.

Aquel año, el día de la fiesta Sacramental, me dijo: «*Muy mal me he sentido hoy; pero he tenido grande satisfacción acompañando a Jesús Sacramentado. Mucho me costó, es verdad, pero ¡qué contento!*»

En una ocasión manifestó a mi madre deseo de irse a la Compañía de Jesús; mas como vió que esto le hacía sufrir, no le volvió a decir nada; pero un día me dijo; «*Madre no quiso separarse de mí, pero ahora la dejo, y es la única pena que tengo; porque nada temo morir.*»

Cuando se sentía peor, solía cantar algo a la Santísima Virgen,—de la que era devotísimo,— y con esto se animaba.

Anunció que moriría el día mismo de la Virgen del Pilar, y así fué.

Aun tuvo ánimos ese día, (para mí de tan gratos recuerdos), para cantarle el himno, el cual suspendió, porque no podía más.

A las nueve de la noche se puso malísimo y se acostó vestido... Luego se levantó: quisieron impedirselo, mandándole a la vez se quitara la ropa; pero rogó lo dejasen y le permitiesen echarse en el suelo; mas esto no lo consintió mi madre. Entonces lo sentaron en una silla, pero le sostenía mi madre por detrás. Como ésta no cesaba de llorar, se dió cuenta que le caían las lágrimas en su mano y levantando la cabeza dijo: «*¡Madre, no llores!*». Cuando estaba en la agonía, le preguntaron si sufría mucho, a lo que contestó: «*Mucho no, pero nunca he tenido dolores tan fuertes.*»

De vez en cuando decía: «*Pedid por este pobre pecador.*»

Momentos antes de expirar se deslizó suavemente de la silla en que estaba sentado, y según sus deseos, pudo morir de rodillas.

Como los que le asistían estaban conmovidos,

les dice: «*Todos lloran y no me ayudan a bien morir.*» Entonces le recordaron que era la Virgen del Pilar: al oír esto se abrochó las manos, estuvo algún tiempo recogido y luego, echando la mano al pecho, dijo: «*Ya todo esto se ha desprendido.*» Al poco momento expiró.

Con las manos cruzadas suavemente sobre el pecho y los ojos mirando al cielo y a nuestra afligida madre, que lo sostenía llorando: sin la más mínima contorsión de su rostro, se durmió dulcemente en el mundo para despertar dulcísima-mente en el cielo. Eran las doce de la noche.

El Sr. Cura que estaba allí, como le vió vestido, mandó que nadie le tocara, sólo le pusieron la sotana, beca y bonete. Así fué sepultado.... Había pedido a mi madre le enterrasen sin caja, pero le dijo luego que eso no lo haría.

Tenía veintidós años, cuatro meses y diez y nueve días.

Todos cuantos lo recuerdan, principalmente las personas del pueblo, dicen unánimes y sin vacilar «*¡era un santo!*»

Por su mediación (me parece) me ha concedido algunas gracias el cielo...»



Por la transcripción.

ELDA.

Ref. CJT 40

€ 40



**LIBRERÍA
LA
TRASTIENDA**

C/. Mariano D. Berrueta, 11 - LEÓN

Tfno.: 987 215 285

C/. Ruiz de Salazar, 16 - LEÓN

Tfno.: 987 876 222

www.lastrastendalibros.com

lastrastienda@lastrastienda.info



1922
IMP. Y LIT. SIERRA
MANUEL GULLÓN, 1
ASTORGA

R